

Según las últimas estimaciones, estoy aquí desde hace ocho días. No he visto pasar el tiempo.

En cambio, he sentido perfectamente que pasaba.

Duermo demasiado durante el día, muy mal por la noche, estoy embotado por drogas diversas, por la inactividad, todo se confunde en una misma monotonía, lunes, martes, miércoles. No me acuerdo de la zambullida, no hay nada que hacer. Tampoco del rescate, ni de mi llegada aquí.

Al parecer me sedaron porque estaba agitado y confuso.

No confuso en el sentido de afligido, nunca estoy afligido cuando jorobo a los demás.

No, *confuso*, o sea aturdido, nebuloso.

Me habían dejado incapaz de pensar, de moverme, de perjudicarme y de complicar el trabajo del equipo sanitario. Ventaja: pasé varios días en una nube –la borrachera del siglo– con la sensación de despertarme cada cinco minutos y volverme a dormir durante diez horas entre cada despertar, y sin demasiados dolores.

Ahora me siento mucho más destrozado. Me duele.

Y cuando no me duele, tengo igualmente la impresión de *tener* agujetas.

UNOS DÍAS PARA RECORDAR

Me han abierto aquí y allá para arreglar varias fracturas, para remendar el desguisado. Llevo más broches y quincalla que una vieja burguesa. Mi carné de identidad es el montón de radiografías que los matasanos, con mi cirujano a la cabeza, estudian con gesto satisfecho, espina y ala ilíaca, rama isquiopubiana, cuello femoral, fémur, tibia y peroné.

Imposible moverme, prohibición formal.

Yo que soy una peonza por naturaleza, y doy vueltas y vueltas sobre mí mismo para encontrar el sueño, ahora me veo obligado a permanecer completamente inmóvil, y, para colmo de males, boca arriba.

Eso hace que las noches se me hagan tan largas como clases de filosofía.

Estoy experimentando lo que es la vida en el hospital. Me habían hablado de ella y lo compruebo por mí mismo.

En cuanto a uno le admiten aquí, inmediatamente está deseando volver a su casa, como los perros que tiran de la correa para dar media vuelta cuando llegan al veterinario. Me siento como un chucho, de patas cortas y pelo sin brillo.

Quiero mi cuenco, mi manta, mi hueso, mi cesta.

Quiero volver a casa.

Además, no soporto los olores del hospital.

No huele a limpio, huele a desinfectante, a productos de limpieza con aromas empalagosos para enmascarar los icores, los olvidos, los accidentes de cama, los pequeños horrores.

No huele a comida –a guiso hecho a fuego lento–, huele a rancho de cantina. Ni siquiera el café huele bien. Su aroma

va rozando las paredes como un traidor en la sombra, se insinúa en los pasillos, las habitaciones, no de una forma nítida, ni auténtica, solapada. Y en la taza, confiesa claramente su debilidad, aparece con un color negro desvaído, una especie de pis de burro, recalentado, decepcionante.

Y en cuanto a las infusiones, no hay elección: siempre la espantosa manzanilla.

Los días empiezan pronto, a las seis de la mañana, lo que deja mucho tiempo después para deprimirse. La enfermera de la mañana empuja la puerta dando un gran golpe, como un vaquero entrando en el *saloon*, enciende la luz del techo que me quema los ojos, grita ¡Bueeeeeeenos días! con una voz demasiado potente para mis oídos soñolientos y, sin esperar a saber si estoy despierto (lo estoy, gracias), me toma la tensión y la temperatura.

Tengo derecho a dos pastillas blancas, de las que no conozco ni el nombre ni la función, rellena el tablero que está colgado a los pies de mi cama, apaga por fin el neón incendiario, y sale –sin volver a cerrar la puerta– deseándome que pase un buen día, pero sin la menor ironía por su parte.

Después una de las auxiliares, siempre de buen humor, trae el desayuno, dos biscotes envueltos en celofán, una compota neurasténica, una mini tarrina de mermelada que no ha debido de cruzarse con fruta de verdad en su vida y un yogur natural.

Invariablemente, aunque me haya visto la víspera o la antevíspera, pregunta:

–¿Qué quiere el señor esta mañana...?

UNOS DÍAS PARA RECORDAR

«¡Salir de aquí, por Dios, salir!»

–¿... café, té, leche?

Abre las persianas, golpea mi almohada y deja la bandeja demasiado lejos, lo que me obliga a unas dolorosas contorsiones prohibidas por mi cirujano.

Después empieza la jornada, con su cómputo de horas diez veces superior a las jornadas del exterior. La puerta abierta me permite ver pasar a la gente, cosa que me da igual, y les permite a ellos verme también a mí, cosa que me irrita.

He renunciado a la tele. Creo que los programas están pensados, en las altas esferas, para dejar libres las camas en las habitaciones de los hospitales y regular el problema de las estancias demasiado largas. Las trepidantes series policíacas europeas, los apasionantes juegos de letras y los trabajos de la Asamblea Nacional pueden acelerar de forma eficaz el desplazamiento de las personas mayores y animar a los enfermos a quitarse el gotero.

Yo sólo veo los informativos, que tan bien ponen el acento en las buenas noticias –guerra, polución, tsunamis, ancianitos agredidos por jóvenes gamberros, depresión infantil y cáncer del fumador– en un encomiable esfuerzo de pensamiento positivo.

O bien veo una película, por la noche, pero raras veces.

El resto del tiempo, tengo mucho tiempo ante mí. Consecuencia directa: pienso.

Pensar es una ocupación malsana que prefiero evitar, en la mayoría de los casos. Sobre todo porque aquí, como no hay escapatoria, mis reflexiones giran alrededor de mi om-

bligo como un hámster angustiado corre alrededor del eje de su rueda. Yo, yo, mi vida, mi obra.

Recorrido y trayectoria, estado de la situación.

Balance. Sólo la palabra da ganas de vomitar.

«Balance» suena a bancarrota.

La comida de mediodía es a las 11.30 y la cena a las 18.20.

Como mi habitación está situada al final del pasillo, mi comida está templada o fría, dependiendo de la celeridad y de la largura de las piernas de la auxiliar. Como la mayoría son malgaches, gano mucho en amabilidad y pierdo mucho en calorías.

El otro día pregunté a una de las enfermeras por qué no retrasaban todas las comidas una hora o dos. Me explicó que era porque el personal de noche se ocupaba también del desayuno antes del cambio de turno y que «si las retrasaban, se retrasaría todo». Respondí que ¡muy bien!, pero que, en ese caso, el personal de noche podría encargarse de la cena, que incumbe al personal de día –que gestionaría el desayuno– y que al final, si yo hacía bien el cálculo, nadie sufriría una sobrecarga en su trabajo.

Por toda respuesta, me puso el termómetro en la oreja, procedimiento al que me costó mucho acostumbrarme al principio.

En la unidad, yo soy el «repescado del Sena».

La actualidad debía de ser muy pobre, porque hablaron algo de mí en los periódicos locales.

No hacía falta más para crearme un aura de misterio que intento trabajosamente mantener, cosa que no he logrado. Considero incluso bastante meritorio por mi parte querer permanecer enigmático, cuando me veo reducido a dejar que me limpien el culo como si fuera un enorme niño de pecho y cuando todo el cuerpo médico, sea cual sea su oficio o su grado, exige saber si meo como es debido –y lo otro– antes incluso de decirme buenos días.

Realmente es sorprendente esta clase de relaciones. No pasa un solo día sin que me pregunten –con un interés que no parece fingido– si he hecho mis necesidades esta mañana. Por otra parte, intuyo que sería indecente por mi parte responder:

–Sí, muchas gracias, ¿y usted?

Alto ahí.

Que no se mezclen los trapos con las toallas.

El paciente soy yo.

Y es verdad que necesito la paciencia de un santo para so-

portar esta inactividad, las molestias que me produce la escayola, el calor sofocante que reina en la habitación y la falta de intimidad.

En resumen, de momento me siento disminuido. Tengo la impresión de no ser, a los ojos del mundo, más que una vejiga por vaciar y flatulencias, fracturas y sondas.

Sin contar con esa curiosa forma de dirigirse a mí:

–¿Qué tal está el señor?

Me muerdo la lengua para no responder:

–Está bien y le da las gracias.

«El señor» tiene un nombre y un apellido, e incluso un estado civil, por si interesa a alguien.

Jean-Pierre Fabre, viudo, sin hijos, jubilado, nacido el 4 de octubre de 1945, el mismo día que la Seguridad Social –cosa que explica quizá el déficit constante de mis ingresos–, en Perpiñán, de Robert Fabre, ferroviario, nacido el 17 de noviembre de 1922 en Marsella, y de Odette Augier, desempleada, nacida el 25 de junio de 1924 en Aviñón.

Es el orinal el que se ha roto.

La cabeza está bien.